



Diocèse de Lausanne, Genève et Fribourg

Carta pastoral 2015: « Vengan y vean »

Mons. Charles MOREROD OP

Enero de 2015

En mi carta pastoral de marzo de 2013, presentaba una pregunta y pedía la opinión de los interesados. La pregunta era: ¿Cómo vivir la fe cristiana en comunidad? O: ¿cómo una comunidad puede ayudar a descubrir y vivir la fe?

Esta pregunta está dirigida hacia el futuro y por lo tanto también hacia lo que el papa llama « la periferia ». No se trata sólo de «gestionar» de la mejor manera posible las comunidades actuales, sino de hacer vivir o nacer comunidades con personas que aún no acuden a la Iglesia.

Después de una amplia consulta que hizo aparecer nuevas preguntas y una gran diversidad de respuestas, os envío ahora orientaciones pastorales. Este texto en dos partes (orientaciones generales y pistas prácticas) está a vuestra disposición. Os explico la intención y los grandes rasgos.

Si la cuestión de la comunidad nos interesa, es porque Cristo, viniendo a este mundo, congrega a una

comunidad de la cual somos parte. Jesús dice a sus discípulos: « Vengan y vean » (Juan 1,39). Nos toca a nosotros decir lo mismo para que otros puedan descubrir la vida cristiana. Pero ¿qué les mostramos?

La comunidad cristiana no se constituye sencillamente ella misma, organizándose en base a un modelo social eficaz. La Iglesia no es una organización no gubernamental... Lo que está en el corazón de la comunidad cristiana es la presencia de Cristo: su presencia en la palabra de Dios (el Evangelio que muchos han leído en grupo estos últimos años) y la Eucaristía. Durante su encuentro con los obispos suizos, el papa ha tomado la iniciativa de recordarnos el papel indispensable de la misa que no puede ser sustituida sencillamente por liturgias de la Palabra. Sin Eucaristía o sin espera activa de la Eucaristía, la Iglesia acaba por desaparecer. No se trata de nuestra organización humana sino de la manera con la que Cristo quiso permanecer activo y presente entre nosotros y nos invita a « hacer esto en memoria » suya.

Reunida en torno a la Eucaristía, la asamblea del domingo debe poder manifestar verdaderamente que celebra la presencia de su Señor. Y esta manifestación también pasa por el número de asistentes. Imaginemos la reacción de una persona que, en búsqueda de fe, se encuentra en una iglesia en el fondo de la cual unas treinta personas están reunidas respondiendo a penas a un sacerdote deprimido por la situación. Si además nadie saluda a este desconocido a la salida, ¿tendrá la paciencia de descubrir que en ese pequeño grupo quizás haya santos, de una admirable fidelidad aunque discreta? Si queremos aquí una Iglesia misionera, es indispensable mostrar - en particular los domingos - grandes comunidades reunidas para celebraciones alegres. El reunirse así ya no es posible en cada iglesia y necesita lugares centrales bien definidos. No basta con reunirse: también ha de percibirse una comunidad feliz de celebrar una liturgia bonita. Estas reuniones regionales habituales permiten a las familias encontrarse con otras familias y mostrar así a sus hijos que la vida de la Iglesia también atañe a su generación.

El reunirse requiere el esfuerzo difícil de no « hacer más lo que siempre se hizo » y para algunos es complicado incluso en la práctica (pienso en los desplazamientos). Es sin embargo también lo que se hace en todos los demás ámbitos: nos desplazamos para hacer las compras, quizás se podría también hacer para ir a recibir a Cristo... Pero la experiencia muestra que este esfuerzo es una fuente de alegría, también para las personas que acuden a menudo a la Iglesia. Estas personas pueden apreciar una liturgia simple en un grupo pequeño durante la semana y sentir una alegría mayor participando el domingo en un encuentro más numeroso y festivo.

Las reuniones mencionadas no deben impedir la existencia de otras formas de encuentros. En efecto, cada creyente desea vivir su fe dentro de lo posible con las personas más allegadas. Esto debería permitir constituir pequeñas comunidades en el conjunto de toda la vida cristiana, por ejemplo acciones para compartir, momentos de oración durante la semana (liturgia de la palabra, liturgia de las horas, oración, rosario, etc...) Y hay por supuesto esas comunidades

que son, por ejemplo, los establecimientos médico-sociales, los hospitales, las cárceles, etc.

El punto de salida y de llegada de la vida cristiana es el encuentro con Cristo. Pero si este encuentro no cambia nada ¿por qué interesarse en él? El que está unido a Cristo busca espontáneamente cómo dar lo que ha recibido y darse a sí mismo, primero a los que más lo necesitan. «Hemos conocido lo que es el amor en aquel que dio la vida por nosotros. Por eso, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos. Si uno vive en la abundancia y viendo a su hermano necesitado le cierra el corazón y no se compadece de él, ¿cómo puede conservar el amor de Dios? » (I Juan 3, 16-17)

Vengan y vean una bonita comunidad en fiesta y cuya presencia cambia el mundo porque también quiere ella encontrar a Jesús fuera de las iglesias: « Porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, era emigrante y me recibieron, estaba desnudo y me vistieron, estaba enfermo y me visitaron, estaba encarcelado y me vinieron a ver. » (Mateo 25, 35-36)

Dios es bueno; cuando lo acogemos hace maravillas. Mis visitas por la Diócesis durante los pasados tres años me han mostrado grandes riquezas en nuestras comunidades. Estoy muy contento de ello y os escribo con mucha confianza en el futuro.



Diocèse de Lausanne, Genève et Fribourg

rue de Lausanne 86, case postale 512, CH-1701 Fribourg | +41 26 347 48 50 | www.diocese-lgf.ch